

PLN

**PARTIDO
LIBERACIÓN
NACIONAL**

**[“DISCURSOS”
Daniel Oduber Quirós]**

“DISCURSOS”

Daniel Oduber Quirós

- Las elecciones presidenciales de 1966
- De dónde venimos
- Mensaje a la Asamblea Plenaria del Partido Liberación Nacional

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1966

Hoy hace dieciocho años, el Congreso Constitucional dominado por los Partidos Republicano Nacional y Vanguardia Popular, declaró nulas las elecciones que habían hecho presidente a don Otilio Ulate Blanco, candidato de la oposición.

En esa época el Tribunal Electoral hacía declaratoria provisional de Presidente, pero correspondía al Poder Legislativo hacer la declaratoria definitiva. Esa sesión del 1 de marzo de 1948 conoció del fallo del Tribunal Electoral que, por mayoría, declaraba electo al señor Ulate. Y los partidos Republicano Nacional (calderonista) y Vanguardia Popular (comunista) decidieron valerse de la opinión de minoría de un magistrado del Tribunal, y con base en ella, declarar nula la elección del señor Ulate. Ese mismo día era asesinado el Dr. Carlos Luis Valverde por las tropas del gobierno, que buscaban en su casa al propio señor Ulate para detenerlo. Se inició la lucha armada once días después, y el Ejército de Liberación Nacional hizo respetar el fallo mayoritario del Tribunal Electoral, restituyendo la presidencia al señor Ulate.

La Asamblea Constituyente de 1949 aceptó la organización electoral por que luchamos, quitando todo el proceso electoral de manos del Poder Ejecutivo y terminando con la intromisión del Poder Legislativo en la declaratoria de elección. Desde esa fecha, en el poder o fuera de él, Liberación Nacional ha venido luchando por la pureza del sufragio, por la autonomía de la función electoral, y por la majestad de los organismos electorales, seguro de que sólo así puede el país, y puede cada ciudadano, vivir en paz y en orden. Toda esa lucha fue de nuevo puesta a prueba en el proceso electoral reciente y, lamentablemente, tarde ya para poder actuar en el proceso mismo, la organización electoral del país demostró su debilidad, tanto en la aplicación de la ley, cuanto en hacer imposible el fraude electoral. No se quiso aplicar la ley para regular la campaña, y el sistema abrió de nuevo la posibilidad de burlar la voluntad del votante costarricense.

El Tribunal Supremo de Elecciones, en declaratoria de las 0:25 horas del día 27 de febrero de 1966, consideró electo presidente de la República por cuatro años, al señor José Joaquín Trejos Fernández. Lo hizo a pesar de nuestra solicitud de nulidad de numerosas mesas electorales, donde se cometieron irregularidades, por acción de miembros de mesa de los Partidos de la Unificación Nacional.

El Tribunal, como puede hacerlo de acuerdo con la Constitución y la ley, consideró más apropiado no aceptar las demandas de nulidad, y dejar las cosas como estaban, lo que garantizó una mayoría de 4 220 votos a los partidos de la Unificación Nacional. El proceso presidencial queda así cerrado, por disposición inapelable del más alto

organismo electoral de Costa Rica. Liberación Nacional había anunciado ya, y mantiene, su respeto a esa disposición.



En plaza pública y en reuniones privadas, como candidato presidencial, sostuve la tesis de que mi partido no aceptaría la menor irregularidad en el proceso electoral, y que no permitiría que se le robara un solo voto. Me encuentro así ante la convicción de que se realizó un fraude electoral de proporciones que no se puede calcular, en perjuicio de nuestro partido, y ante el hecho consumado de un fallo inapelable dictado por el más alto organismo electoral de nuestro país: al que hemos dado todo apoyo desde su creación. A mi partido le quedaría el camino de desconocer ese fallo, y hacer frente a las consecuencias de ese acto, en el terreno de los hechos, llevando así a Costa Rica a una guerra civil permanente. Pero entra aquí, en todo hombre público, el diálogo íntimo consigo mismo en busca de la mejor solución para el país, y el diálogo permanente, con los grupos directores de un partido, con la misma intención. Ha quedado demostrado ante mi conciencia, y ante la conciencia de todos los costarricenses honestos, por encima de divisiones partidistas, que en el proceso electoral recién pasado se cometieron irregularidades notorias, que cambiaron el resultado electoral. No se sabe en definitiva, si una repetición de la votación en las mesas acusadas de irregularidades, habría arrojado un cambio determinante en el resultado presidencial.

El Tribunal Supremo de Elecciones no consideró conveniente repetir esa votación ni aceptar nuestras demandas de nulidad. Pero también ha quedado demostrado internamente dentro de nuestro partido, y hay que reconocerlo públicamente, que la falta mayor no fue el acto irregular de algunos miembros de la Unificación, sino el error de dirigencia en mi propio partido, de creer que los organismos electorales de Costa Rica están hechos a prueba de fraude, y que los hombres que intervienen en el proceso electoral están por encima del partidismo político. La absoluta fe en los organismos electorales nos llevó, a quienes dirigíamos el partido en estas campañas, a afirmar categóricamente ante nuestros partidarios y ante nuestros delegados en las mesas electorales, que el fraude era imposible. En esa forma, todo nuestro trabajo del día 6 de febrero pasado, estuvo condicionado por la absoluta seguridad en la limpieza del proceso electoral; y nuestros miembros de mesa y fiscales, siguiendo esa línea dictada por nosotros, no vieron las irregularidades que sucedían ante sus propios ojos. La doble papeleta, duplicando el voto presidencial para el señor Trejos; el ajuste de la contabilidad de esas mesas, mediante la anulación masiva de votos para diputados; el chorro en ausencia de nuestros representantes, también para cerrar esas contabilidades, etc., etc., fueron llevados a cabo, impunemente, única y exclusivamente por el exceso de buena fe de nuestros delegados. Y la culpa no debe atribuirse a quienes ahí sirvieron, como lo hacen algunos partidarios apasionados, sino a quienes dirigimos el proceso electoral todo, y a quienes establecimos las prioridades en el servicio de voluntarios. Por exceso de confianza, dimos mayor importancia a

transportes, comunicaciones y otras actividades, que al nombramiento de miembros de mesa y fiscales; y el resultado fue que se cometieron irregularidades por parte de miembros de los grupos de la Unificación. ¿Podríamos así, en última instancia, llevar al país a un caos cuando si se nos robaron votos fue en definitiva por culpa nuestra? Fracasamos por nuestro optimismo sobre las instituciones de Costa Rica, y después de 18 años llegamos a la triste conclusión de que hay que empezar de nuevo la lucha por la limpieza electoral en Costa Rica. Esto se ha debido a que, optimistamente, descuidamos la vigilancia permanente sobre las instituciones de Costa Rica, para abanicarnos sobre lo que hemos hecho, y sobre esta pretendida Suiza centroamericana, ejemplo de las democracias de América. La única salida, de inmediato, es iniciar la tarea de reconstruir el sistema electoral, y reconstruir la organización interna de los partidos democráticos, sobre todo del nuestro, para evitar que el germen de corrupción electoral que se inició en estas elecciones, se propague y contamine todo el sistema, como sucedió en Costa Rica antes de 1948. No es desconociendo un fallo y llevando al país al caos como se logra ese propósito, sino manteniendo la lucha -cada vez con más vigor- por la pureza electoral. Aceptamos el fallo, pero también aceptamos el reto que ese fallo lleva implícito, de iniciar una lucha desde la oposición por obtener garantías electorales de instituciones, de procedimientos y de hombres, y (que) desgraciadamente para el país, en esos tres campos ha fallado nuestro sistema electoral. Por suerte en el campo de los funcionarios -que fue el más delicado en otras épocas- son contados los que demostraron y demuestran día a día una parcialidad política inadmisibles; lucharemos para que quienes, por esa parcialidad, se acercaron al delito en estas elecciones, no estén presentes en los organismos electorales por mucho tiempo. En cuanto a instituciones y procedimientos, trataremos de obtener -de común acuerdo con los otros partidos democráticos- las reformas constitucionales y legales necesarias para mejorarlas, y para hacer más eficiente el sistema electoral, de manera que resguarde eficazmente nuestros derechos de ciudadanos. Cosas tan simples como la aplicación estricta de la ley en cuanto a la inscripción de partidos, como el color distinto para las tres papeletas, o como las tres urnas para esas misma tres papeletas, hubieran evitado al máximo el fraude electoral cometido. Pero la debilidad de los funcionarios electorales y nuestro exceso de confianza fueron poco a poco abriendo las puertas a quienes desde hace muchos años, soñaban con volver a probar su inteligencia tarada, en la búsqueda de formas de burlar la voluntad política del pueblo de Costa Rica. Han logrado su propósito. Ya eligieron presidente y se frotan las manos esperando la recompensa a sus talentos. Ya Costa Rica los conoce y, en una sociedad libre, ellos mismos se encargan de acusarse, haciendo ostentación de sus actos. Ellos le han declarado la guerra a la honestidad electoral. Con gusto aceptamos el reto y empezamos a prepararnos, como en otras épocas, para dar esa batalla.



Hubo fraude electoral. Hubo exceso de confianza de la dirigencia de mi partido. El fraude pudo ser detenido. Reiniciamos la lucha, con las armas que da nuestro sistema democrático, por evitarle otro 1948 a Costa Rica.



Quienes predicaban la violencia en el campo electoral no se dan cuenta de que Costa Rica no puede ni debe iniciar la propia destrucción de sus valores. El día que los dirigentes políticos de mi país, como es costumbre en países hermanos, crean que las armas valen más que las ideas, se acabó la democracia costarricense. Y para quienes hemos luchado por ella desde nuestra juventud, es imposible admitir la solución de la fuerza - salvo en el caso extremo de la rebelión popular contra quienes impidan el ejercicio democrático, y contra quienes irrespeten la Constitución y las leyes. A pesar de los reveses de los últimos días, he considerado, desde la noche del 6 de febrero, más grave el irrespeto a un fallo electoral, que el vacío de poder que deberá vivir Costa Rica los próximos cuatro años. Después de todo parece que a una gran cantidad de costarricenses les gustan más la calumnia, la injuria y el escándalo, que la exposición de ideas y de programas en una campaña electoral. Y no se les pueden suministrar programas, a la fuerza, como si fueran medicinas, sino tener la paciencia de que mentes todavía apasionadas, se vayan dando cuenta poco a poco de la infamia, y del engaño de que les hicieron víctimas para arrancarles sus votos y detener nuestras ideas. En una democracia no se puede jugar con la fuerza, porque las armas que momentáneamente aparentan servir, son las mismas que destruyen nuestro sistema de vida, en definitiva. Y no hay un costarricense, creo yo todavía, con excepción de unos cuantos aventureros escandalosos, que quiera solucionar los problemas nacionales a balazos. En cuanto a mí se refiere, no cambio por nada en el mundo la tranquilidad en mi hogar, y la satisfacción de sentirme garantizado y libre como ciudadano. En cuanto a honores, ya recibí el más grande de mi vida, que fue el de saber que contra la calumnia, y contra la infamia, la mayoría del pueblo de Costa Rica aceptó mis ideas y aceptó mi persona como su dirigente. No se debe hablar de golpes, ni de armas, ni de aventuras. Ahora se debe hablar de Costa Rica, por encima de nuestra amargura, o de nuestra indignación justificada.

Pensemos primero, qué es lo mejor para el país. O aun más exactamente, pensemos qué es lo menos malo ahora, y llegaremos a la conclusión, de que lo menos malo -con todo lo que nos tocará trabajar de más- es aceptar el fallo que declara presidente al señor Trejos, y seguir luchando porque Costa Rica avance, a pesar de la debilidad del próximo gobierno.



Otros compañeros, al otro extremo, querían que desde la noche de elecciones enviara yo un telegrama de felicitación al señor Trejos. Yo no podía hacerlo. En primer lugar el sistema electoral de Costa Rica es tan imperfecto que, cuando la elección es muy

ajustada, como fue el caso el día 6, unos telegramas con errores pueden cambiar el resultado final, y el sistema electoral y el escrutinio son tan anticuados y lentos, que no es sino semanas después que se puede saber con exactitud quién es el presidente electo.

Cuando los márgenes son muy grandes, como fue la elección pasada de 1962, sí cabe el gesto, y a pesar de eso ninguno de los vencidos: Calderón, Ulate y Obregón, envió su felicitación al señor Orlich. En segundo lugar, y quiero que se entienda muy bien mi posición, después de la mentira y de las infamias que patrocinó el señor Trejos, no caben pretendidas poses elegantes entre él y yo. Yo no tengo por qué admitirle a un hombre que se dice educador, por más elegancia de mi parte que fuera posible, que permita a su partido tanta bajeza y tanta ignominia como propalaron. Yo nunca he sido hipócrita ni con mis amigos ni con mis enemigos. Yo admito en toda campaña, excesos en la propaganda; y desde ahora doy excusas a quienes pudieran sentirse mortificados con la nuestra. Pero los excesos que se vieron en esta campaña pasada, que envenenaron aun a los niños hasta extremos todavía insospechados y que los llevaban a llamarnos comunistas y ladrones, no son más que la falta de carácter de quien era el jefe de la Unificación Nacional.

A pesar de esa posición personal, yo hubiera olvidado todo si así me lo solicitaban los comités de mi partido, pero fue lo contrario. Cuando presenté esta posibilidad -entre muchas- a consideración de mis compañeros, se me pidió no hacer poses de elegante, mientras el señor Trejos en forma pública, no aclarara las injurias. Desde ahora, con firmeza, empezamos otra etapa en nuestra lucha, y un mensaje de felicitación hipócrita y calculado, vendría a debilitar la posición que anunciamos a partir del 8 de mayo de 1966.



Por las razones apuntadas, no creemos en el irrespeto a las instituciones, ni creemos en los abrazos falsos. Perdimos la elección presidencial por menos del 1% del voto, contra los millones de unos cuantos que impulsaron la mentira, el fraude, la compra de votos, la negociación con los comunistas, y aun el irrespeto religioso, para detener el progreso de Costa Rica, y llenar más sus bolsillos a costa de los costarricenses. Vamos a ver si esos señores y si el señor Trejos, pueden cumplir las promesas que hicieron en campaña electoral. Como partido mayoritario, los liberacionistas estaremos vigilantes para que el señor Trejos cumpla con los programas de gobierno que prometió en la campaña, y con los que obtuvo los votos para presidente. Nuestra Comisión de Planes, a la par que preparó los programas que expusimos al país, recopiló las ofertas del profesor Trejos y de sus dirigentes en campaña, y la nueva fracción parlamentaria que iniciará sus labores el 1 de mayo de 1966 lleva la tesis de que se cumplan esas ofertas del señor Trejos, para que no se engañe impunemente al pueblo de Costa Rica en futuras campañas electorales. El señor Trejos ofreció un presupuesto ordenado y equilibrado, ofreció rebajar impuestos a los campesinos,

ofreció no emitir bonos, ofreció no hipotecar a nuestros hijos aceptando empréstitos, ofreció regalar parcelas a los colonos del Itco y viviendas a los inquilinos del Invu, ofreció no elevar el costo de vida, ni devaluar el colón, etc., etc. Todo eso es lo que esperamos de su gobierno y, como oposición responsable nos encargaremos de que el Profesor cumpla su palabra. Asimismo seguiremos luchando por las ideas que expusimos en campaña, tratando de que se lleven a cabo los objetivos de nuestro programa, y evitando que el vacío de poder del próximo gobierno haga daño a la empresa nacional o haga daño a las instituciones. Trataremos de que un país con el Poder Ejecutivo en manos de muchos partidos, pueda seguir avanzando en su lucha por la producción y por la justicia social, y de que poco a poco su estructura política se vaya adecuando a las necesidades cada vez más grandes de nuestro desarrollo económico. Para poder coordinar nuestra labor con la administración pública esperamos que el señor Trejos nombre técnicos y empresarios en los puestos ministeriales, y no políticos ambiciosos que le vengán a enredar más su presidencia.



Un país con los retos que tiene Costa Rica necesita un gobierno dinámico y definido. Un sector del país, envenenado por la propaganda política, no lo quiso tener, y nos envió a la oposición. Desde ahí seguiremos luchando porque la empresa privada nacional pueda ir mejorando y creando más y más empleos, mejor remunerados. Claro está que la tarea, para nosotros, es casi imposible, pero no le tenemos temor a los imposibles y mientras en palacio se divierten, jugando a la política, para ver quién obtiene qué en el festín, nosotros lucharemos más y más a partir del 8 de mayo para que el país no se detenga. Que se queden ellos con los honores, obtenidos con la calumnia, que nosotros nos quedaremos con la lucha. Que se queden ellos con el oropel y el halago servil, que nosotros seguiremos adelante por una Costa Rica en que sonamos, y que hemos visto crecer poco a poco, de acuerdo con nuestros sueños.



En los países democráticos más desarrollados en su vida institucional, la oposición juega un papel tan importante como el gobierno, y una oposición responsable es la mayor garantía que tendrán las instituciones nacionales, a partir del próximo 8 de mayo. Estamos listos para ir a cumplir ahí nuestra tarea y evitar, con nuestra acción, que los gérmenes de corrupción y atraso que se pueden ya diagnosticar, vayan a frenar el impulso de cientos de costarricenses que en la actividad privada y pública están luchando porque el país mejore. Una actitud irresponsable de nuestra parte, y el país se hundiría en el caos, del cual sacan ventaja los sonrientes comunistas. Parece una paradoja, pero así ha sido en la historia reciente: cada vez que hay caos político en el país, es a Liberación Nacional a quien le toca evitar el desastre. Sólo la acción vigilante de la fracción parlamentaria de Liberación Nacional, de 1958 a 1962, pudo evitar que el grupo oligarca (que manipulaba a Echandi) se saliera con la suya y atrasara aún más al país. Y por los vientos que corren, ese mismo grupo va ahora a

tratar de pasarle la cuenta al Profesor, por los millones que le dio para la infamia y el fraude, y a tratar nuevamente de que el país destruya la reforma que ha hecho posible nuestro pequeño mejoramiento. La lucha por el poder es clara. La Unificación se movió con el dinero de un grupo, con el veneno de otro, y con la masa de otro. Los tres quieren ahora el poder, y aparentemente, como lo preveíamos, quien paga la música manda el baile, y al Profesor le tocará bailar con los del dinero grande. Y es ahí donde la actitud combativa nuestra, en todos los frentes, será una vez más la que garantice que el país no volverá atrás.

En el curso de los últimos días de la campaña se hicieron serios cargos contra mi partido, de estar aliado con el comunismo internacional. El resultado electoral, distrito por distrito, puede perfectamente aclarar a los costarricenses si se rompió el viejo pacto con el calderonismo, por parte de los comunistas, o si, como lo demuestra el voto, se mantuvo la vieja alianza de 24 años. En todo caso si se estudian cuidadosamente las tácticas del comunismo internacional, se puede ver claramente que a ellos lo que les interesa es el gobierno democrático más débil posible, para evitar que la democracia pueda demostrar su eficiencia en la solución de los problemas sociales de la época; y fue evidente, en estas elecciones, que tanto los discursos del señor Mora, como la actividad de los principales comunistas, como el voto masivo de sus partidarios, buscaban el mismo fin: crear una situación difícil a la democracia costarricense para que no pueda solucionar los problemas más urgentes del país. Un gobierno dominado por tres partidos antagónicos, en que el jefe del Poder Ejecutivo no tiene nada que decir sino los jefes de esos partidos, es la situación de estancamiento más adecuada para que se agraven los serios problemas que tiene Costa Rica. Por eso los comunistas están ahora abiertamente felices con el triunfo electoral del señor Trejos y esperan pacientemente -como lo han hecho por muchos años- la oportunidad de usar sus agentes provocadores -entrenados en países comunistas- para convertir las crisis normales de un país en crecimiento, en crisis violentas que puedan favorecer su consigna de destruir la democracia costarricense. Al Gobierno de Cuba, y a los gobiernos comunistas en general, no les conviene que en la América Latina haya gobiernos progresistas y eficientes, porque su propaganda cae en el vacío. Para avanzar sus teorías y su dominio, necesitan caos y necesitan repetir que la democracia no sirve a los países poco desarrollados. Por eso no toleran, como en el caso de Venezuela, gobiernos democráticos eficientes, y por eso -como lo comprenden los concedores de la estrategia del comunismo internacional- hicieron aquí el juego a una coalición de partidos sin ideas y sin fuerza, que detuviera la marcha de los programas que apenas se iniciaban en Costa Rica, con la ayuda de otros países democráticos. Va a ser interesante ver a quienes se consideran anti-comunistas, en defensa de sus intereses, dentro de poco tiempo, cuando se den cuenta de la trampa en que cayeron. La propaganda infame de la Unificación, dirigida por el sector echandista y bendecida por el señor Trejos, se encargó de hacer creer al país que Liberación Nacional era el partido que podría dar entrada al comunismo internacional en nuestro país. Y esto lo hacía, cuando otro sector de la Unificación, el calderonismo, tal como lo había hecho repetidamente desde 1942, negociaba los votos de los

comunistas, aparentando públicamente una ruptura del Bloque de la Victoria (como se llama el pacto caldero-comunista de 1942). Hasta distinguidos personeros de la Iglesia, en varios lugares del país, actuando en forma individual y contra las disposiciones terminantes de los obispos, usaron su investidura para engañar votantes campesinos diciéndoles que votar por Liberación Nacional era votar por el comunismo. Por cierto que esa conducta poco prudente ha traído serios problemas en varias comunidades, que resienten esa conducta. Las relaciones de nuestro partido con la Iglesia han sido siempre cordiales y estrechas, u una gran mayoría del clero nacional simpatiza con las tesis nuestras, inspiradas en doctrinas social-cristianas desde que se fundó nuestro partido. Las molestias pasajeras ocasionadas por la pasión política no van a debilitar nuestras relaciones con quienes momentáneamente llegaron a extremos inconvenientes en el ejercicio de su misión espiritual, sobre todo porque ahora más que nunca las fuerzas democráticas todas, por encima de campanas electorales, deben unirse para dar la lucha por la defensa de nuestras instituciones y de nuestros valores espirituales. Yo espero, con toda confianza, que poco a poco las pasiones bajen, las aguas vuelvan a su nivel, y los costarricenses podamos darnos cuenta por igual, de la gravedad que significa el uso de la mentira y de la infamia en una campaña política.

Durante la campaña política pasada anuncié que si era electo, trataría de gobernar con representantes de los diversos grupos políticos, en un gobierno de unidad nacional. Siempre he creído que, por más infame que fuera la campaña de propaganda de la Unificación, había en los partidos que nos antagonizaban, elementos serios y ponderados que si bien no comparten nuestras ideas son garantía para el país por su interés por los problemas nacionales, y por el mejoramiento de Costa Rica. Cuando yo acuso a la dirigencia de la Unificación de calumnia y fraude, no lo hago trasladando el cargo a todos los partidarios de esos grupos, sino a individuos en particular. Tengo informes concretos de Guadalupe y de Liberia, para citar únicamente dos casos de muchos conocidos, en que un alto dirigente político del partido Republicano y un empresario poderoso del partido Unión Nacional devolvieron a sus respectivos presidentes de mesa electoral las papeletas presidenciales recibidas, que eran dos, y pidieron categóricamente que se les diera las tres papeletas del caso. Mucho se ha avanzado en conciencia política en Costa Rica, y creo que hubo también muchas personas que votaron en dos papeletas presidenciales, sin darse cuenta cabal de lo que hacían.

De acuerdo con los escrutinios realizados en el Tribunal Supremo de Elecciones, los partidos de la Unificación obtuvieron 18 diputados para el partido Republicano, 8 para el Partido Unión Nacional, y 2 para el partido Unión Cívica Revolucionaria, o sea tienen un total de 28 representantes, lo que es minoría aun suponiendo que se mantengan unidos. Nuestro partido obtuvo 29 diputados, lo que le da mayoría en la Asamblea Legislativa. La situación del país entra así en crisis por los próximos cuatro años, ya que el poder Ejecutivo pertenece a seis partidos que se sienten con derecho a disfrutar de él, y el Poder Legislativo estará dominado por la fracción parlamentaria

de un solo partido. Asimismo, las municipalidades de casi todos los cantones en el país, tienen mayoría para nuestro partido. Suponiendo que no hubiera habido fraude electoral, el país quiso así dar la presidencia a la coalición de partidos, pero los frenos y limitaciones dejarlas en manos del Partido Liberación Nacional. Si el Presidente de la República desea poner por encima de sus limitaciones el interés nacional, podrá encontrar que mi partido (desde la oposición) estará siempre dispuesto a escucharlo. Por el contrario, si hace caso a sus consejeros voraces que andan ya repartiendo el Estado y hablando de irrespetar la Constitución y las leyes, encontrará en definitiva el mismo destino que encontró su partido en 1948. Quienes hablan del irrespeto a las instituciones autónomas, al Servicio Civil, a las leyes de administración financiera, lo que están haciendo es colocar al señor Trejos en una muy triste posición. Liberación Nacional tiene la convicción de que Costa Rica no tolerará arbitrariedades, en la misma forma que no tolerará una guerra de poderes que al único grupo que puede favorecer es a los que desean destruir nuestro sistema democrático, por aventurerismo o por consigna internacional dictada de La Habana.

Quiero agradecer en nombre de mi partido y mío propio, el apoyo que nos dieron en las elecciones personas que habían militado en otros partidos en el pasado. Su presencia al lado nuestro, luchando por ideas y programas, nos llenó de entusiasmo y de fe, y estamos seguros del incalculable valor que representan para nuestras luchas del futuro.

Este mensaje de respeto a las instituciones y a los tribunales, estemos o no estemos de acuerdo con sus decisiones, va por igual a todos los sectores del país, cualesquiera hayan sido sus colores políticos en el pasado y cualesquiera sus ocupaciones actuales. Nada podría ser más dañino para Costa Rica que la zozobra y la indefinición. El señor Trejos fue electo presidente de Costa Rica, por el fallo inapelable del Tribunal Supremo de Elecciones, y durante cuatro años él será el Presidente de Costa Rica. Si alguien quisiera atentar contra esa credencial, y yo estoy todavía en actividad política, pediría a mis amigos ponerme a las órdenes del gobierno, para defender esa investidura. Y por eso me dirijo a quienes aguantaron la ola de infamias y se mantuvieron a nuestro lado, y también a quienes dudaron y llegaron a creer la calumnia de la Unificación. A unos y otros, les pido altura para que nadie detenga sus labores en el país. (Que no haya un solo obrero que pierda su ingreso, por esas mismas razones. Que no haya campesinos sin trabajo, por la incertidumbre o el)...

DE DONDE VENIMOS

Artículos Publicados en Respuesta a un Editorial de "LA NACION" (1965)

*A los compañeros
social demócratas
caídos en la lucha*

-I-

El editorial publicado por "La Nación" en su edición del 1o. de enero, plantea la campaña política que se avecina, en términos de principios y de concepciones ideológicas.

Es saludable esa actitud, que contrasta con la tradición de dimes y diretes que algunos políticos parecen empeñados en conservar, tal vez por incapacidad de sostener un debate en otro terreno.

Según "La Nación", van a enfrentarse dos tendencias fundamentalmente antagónicas: la democrática-republicana y otra, que el periódico no bautiza, que está representada por el partido a que pertenezco; el tono del editorial, es que esta tendencia no es ni democrática ni republicana. Y como el periódico reconoce que esa tendencia no está en las nubes ni es una entelequia, sino que ha venido imponiéndose en el país a lo largo de un período considerable, valdría la pena saber si el editorialista cree honradamente que de veras el sistema republicano y democrático ha dejado de tener vigencia en Costa Rica; y si no él, por lo menos algunas de las libertades y conveniencias que dicho sistema presupone para los ciudadanos que viven en un país regido por él.

No es claro el editorial en este aspecto, pero parecería adivinarse de él una respuesta a la pregunta que acabo de formularme: Costa Rica no ha perdido su democracia ni su república, pero está a punto de perderlas, las va a perder en el futuro, para establecerse en estado totalitario.

No explica el editorialista cómo habrá de crearse un estado totalitario con la multiplicidad de partidos que aquí tenemos (el estado totalitario supone por definición un único partido legal), ni qué síntomas ve de que el partido a que pertenezco se proponga suprimir la legalidad de sus contendientes para llevar al país al totalitarismo.

La afirmación está hecha en un tono aparentemente tan serio, que no creo que deba tomarse como una figura literaria o como una licencia poética de esas con que "La Nación" viene anunciando la inminente destrucción de los principios básicos de la

democracia y la república, desde el día 21 de junio de 1948, en que se promulgó el decreto de nacionalización bancaria.

Desde esa fecha, todos los proyectos y planes importantes del Estado costarricense, han sido reputados por "La Nación" de peligrosos para la democracia costarricense. Todos han sido puestos en vigencia pese a la oposición de ese periódico y creo que la democracia costarricense, lejos de haberse mutilado desde aquella fecha, se ha perfeccionado y ha florecido con toda plenitud.

En el aspecto puramente político, de aquel entonces a hoy el país ha celebrado cinco elecciones (una de constituyentes, una de diputados y tres presidenciales), sin que en ninguna de ellas haya existido violencia, presión, engaño, fraude o torcimiento de la voluntad popular. A partir de esa fecha, todos los gobiernos que se han sucedido han representado tendencias o partidos de opuestas ideologías, sin que ninguno haya intentado desconocer el triunfo de sus opositores, cosa que no ocurriría con demasiada frecuencia en la época anterior, que "La Nación" añora tan a menudo. El país ha entrado a vivir un régimen de partidos que (si las democracias anglosajonas no son una añagaza) es el más eficaz para el desarrollo y permanencia de los sistemas democráticos. Se ha perfeccionado el sistema electoral, se han ampliado las atribuciones, independencia y capacidad financiera de los organismos electorales y ha asumido paulatinamente el Estado, por medio de ellos, la inscripción de los ciudadanos en el padrón (terminando así la situación previa de que el registro del ciudadano estuviera a merced de la capacidad económica y de organización del partido de sus simpatías).

En el aspecto económico, ha florecido la empresa privada, y el número de empresarios es cada día mayor, así como la diversidad de sus empresas; manejada la banca con un criterio de servicio y desarrollo que todavía está pidiendo, es cierto, un mejoramiento, es mucho mayor ahora que antes el número de costarricenses que tiene acceso al crédito, y cada día será menor el requisito de solvencia previa para obtenerlo; se han creado notables incentivos para la nueva empresa industrial, en un afán de industrialización. Y prueba del notable incremento que la empresa privada ha logrado en estos años, es que mientras la población del país crece en progresión casi geométrica, no se ha creado un problema grave de desocupación; lo que demuestra que continuamente se han estado abriendo nuevas posibilidades de trabajo.

Costa Rica ha hecho, en este lapso, un gigantesco esfuerzo de desarrollo económico al través del Instituto Costarricense de Electricidad, que si no hubiera tenido otro mérito que el de haber cristalizado en realidad los anhelos de dos patricios como Alfredo González Flores y Ricardo Moreno Cañas por la nacionalización eléctrica, ya por sólo eso merecería que todos estuviéramos orgullosos de él.

Pero el hecho es que el ICE, ha resuelto el problema de la energía eléctrica en las regiones donde opera, y que sus proyectos, que se han venido cumpliendo

ejemplarmente, terminarán por resolverse a todo el país, con el consiguiente beneficio, que no hay necesidad de ponderar aquí.

La labor del ICE habrá de ser reconocida, espero, incluso por aquellos periódicos que saludaron su creación diciendo que se trataba de un organismo que vendría a duplicar burocráticamente las funciones del Servicio Nacional de Electricidad, que, como todo el mundo lo sabe, es una oficina reguladora.

En el campo social, el fenómeno más visible, y yo no sé que sea anti-democrático ni anti-republicano es la emergencia de una poderosa clase media, que ha venido a sustituir, como la más influyente, a la antigua clase aristocrática, sumamente reducida en número. Este fenómeno es visible en todas las ramas de la actividad: la política, la económica, todas, están denominadas por una clase media cada día más numerosa, cuya generación actual, en términos generales, nació proletaria.

Yo sé que hay elementos recalcitrantes que todavía se quejan de que esa clase media ha venido a usurpar posiciones de influencia económica, política y social que antaño estuvieron reservadas a círculos reducidos. No me atrevo a creer que "La Nación" está dando expresión pública a esos elementos, que por lo general hablan desde un archivo.

Se ha elevado considerablemente en el mismo período, el nivel de vida de los costarricenses. Basta observar cómo ha disminuido el número de ciudadanos descalzos; basta ver la cantidad de bicicletas que circulan por las áreas rurales; basta ver la cantidad de viviendas humildísimas donde hay un aparato de radio. La política de salarios crecientes llevada a cabo por el grupo político a que pertenezco, no ha sido ajena a esa realidad. Es claro que ese aumento de salarios ha disminuido ligeramente las posibilidades de gasto superfluo de los grupos sociales que los pagan, pero en términos generales hay que reconocer que los patronos costarricenses han comprendido el contenido patriótico de las medidas, y han accedido a esa manera de compartir sus ingresos para beneficio de todos.

El período acusado por "La Nación" como de tendencia totalitaria, ha presenciado un gigantesco esfuerzo por resolver el problema de la vivienda. A algunos, me imagino, les habrá de disgustar que haya sido el Estado el que haya asumido la función de construir viviendas, función que el Estado del Siglo XIX desconocía. Pero nadie puede ignorar los beneficios que a la colectividad costarricense ha traído el INVU. Ni siquiera aquellos que recibieron su creación con sospechas de que sería un mero organismo burocrático.

Hoy mismo, entre acusaciones de comunismo y otras lindezas a que no vale la pena referirse, un nuevo Instituto está dedicado a la tarea de dar tierras a los costarricenses que no las tienen. Con procedimientos legales claros, está afrontando la solución de los problemas de fincas invadidas, que habría sido inhumano resolver con

concepciones anticuadas mediante el empleo de la fuerza bruta. Y está adquiriendo, en libres contrataciones, sin prepotencias para nadie, tierras en diferentes partes del país, con una tendencia, que juzgo feliz, de realizar una sana política agraria que a Dios gracias se está llevando a cabo sin confiscaciones y sin alterar el sistema democrático y republicano de Costa Rica. En lo personal, no creo que ese Instituto, ni en su concepción ni en su funcionamiento, justifique el miedo al totalitarismo.

En el período a que vengo refiriéndome, Costa Rica ha comenzado a experimentar la revolución educativa de la segunda enseñanza gratuita. Y el Estado ha abierto una cantidad enorme de colegios, en medio de dificultades no sólo económicas, sino técnicas que admito. Pero está empeñado en un esfuerzo educacional de primera magnitud, cuyas consecuencias no pueden ser más que democráticas y republicanas.

O sea que yo le veo a Costa Rica el desarrollo y el crecimiento y se los veo con optimismo. Lo que no le veo es el totalitarismo.

Claro, que si el totalitarismo es tan contradictorio como lo ve "La Nación", no creo que sea un problema ni para nosotros ni para nuestros hijos. Porque ese, el del editorial, es un totalitarismo de dos filos contradictorios, que por una parte se manifiesta en una presunta autarquía absoluta de las Instituciones Autónomas (moros sin señor por emplear un lugar común), y por otra en la pérdida absoluta de esa autonomía que el editorial ve inminente, si el partido a que pertenezco gana las próximas elecciones.

Para "La Nación" el totalitarismo, cuando se trata de ir contra la autonomía, consiste en el exceso de ella; cuando se trata de ir contra el poder central, consiste en la amenaza que se cierne sobre ella. Me parece que no puede operar en dos direcciones tan opuestas. Y resulta curioso que un periódico que tantas veces se ha pronunciado contra lo que algunos llaman la desarticulación del Estado, se alarme tanto por la existencia de esos proyectos de que él habla, que tienden a centralizar un poco y que fueron inspirados en parte por las reflexiones antiautonomía del mismo periódico.

Yo pertenezco con orgullo a una generación que se planteó hace 20 años, el futuro costarricense en términos, por calificarlos sencillamente, "social demócratas". Y que ha cumplido lo que se prometió y le prometió al país. El propio periódico "La Nación" se refirió hace algunos meses al libro "Ideario Costarricense", publicado en 1943 y que es una especie de manifiesto de esta generación, no sólo del sector de ella que milita hoy en el mismo partido que yo, sino de toda ella. Fue una promesa al país de darle nuevos rumbos. Por cumplirla, se nos ha calificado con todos los adjetivos posibles e imposibles. Pero la verdad es que después de los años que mi generación lleva de influir en el país y en su gobierno, ningún ciudadano puede decir que vive más oprimido que antes, en una comunidad más pobre que la de antes, ni menos libre que antes, no puede decir que sus derechos se respeten menos que antes; más bien, podemos decir orgullosamente que tendría que manifestar todo lo contrario. Creo, sinceramente que hemos logrado progreso en todos los campos, sin que se haya

sacrificado, ni para la comunidad ni para ninguno de sus componentes, uno sólo de los derechos o libertades básicas que distinguen al sistema republicano y democrático del sistema totalitario.

-II-

La que "La Nación" llama tendencia totalitaria, no es otra cosa que una posición política que en Europa y América Latina se conoce con el nombre de "social democrática", y en los Estados Unidos con el nombre de "liberal".

Esa posición, en muchos aspectos, es una reacción saludable contra los excesos crueles del llamado liberalismo manchesteriano practicado en el siglo XIX, que trajo, es cierto, prosperidad a algunas naciones, y al mismo tiempo, miseria a sus proletariados. Estos excesos produjeron también el marxismo.

En síntesis, nuestra opinión política es que el Estado moderno puede liquidar los excesos mencionados, y emancipar económica y socialmente a las masas desposeídas, sin sacrificar las libertades democráticas básicas conocidas últimamente como "Derechos Humanos". O sea, que se puede terminar con las desigualdades e injusticias que trajo el liberalismo económico, sin salirse de los postulados del liberalismo político. El expositor más sistemático de ese sistema de pensamiento, es el ilustre columnista de "La Nación" Walter Lippmann, cuya obra básica, "The Good Society" el editorialista de "La Nación" habrá de conocer con toda seguridad.

En la América Latina, esa posición ha sido la de José Batlle y Ordóñez, Víctor Raúl Haya de la Torre, Pedro Aguirre Cerda, José Figueres, Rómulo Betancourt, y otros estadistas notables; en Costa Rica, tuvo como precursor ilustre a Alfredo González Flores, y fue adoptada plenamente por el grupo del "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales" a que me honré en pertenecer. Hoy la representan -con diferencia de matiz- los partidos llamados populares (como el partido en que milito) y los de carácter democristiano. Dentro de la diferencia de matiz a que me refiero la representan en Venezuela Rafael Caldera y en Chile el Presidente Frei.

En los Estados Unidos, el "New Deal" del Presidente Roosevelt (uno de cuyos principales teóricos lo fue el señor Lippmann) representa la cristalización de esa tendencia, que ha sido continuada por los presidentes Truman, Kennedy y Johnson, y expuesta doctrinariamente en forma continuada por el historiador Arthur Schlesinger, el senador Eugene McCarthy (a quien no debe confundirse con su homónimo Joseph de triste memoria), y el Vice presidente electo, Hubert Humphrey, cuyo reciente libro "La Causa es la Humanidad", es lectura sumamente ilustrativa para cualquier persona o periodista que quiera enfocar con seriedad este tipo de problemas.

Sostiene el señor Humphrey en esa obra, que la sociedad industrial trajo como consecuencia, a fines del siglo XIX, la concentración de la riqueza y el poder en manos de muy pocos, y que esa concentración se utilizó para destruir precisamente la libre competencia preconizada por el liberalismo económico, y para aumentar la injusticia social por medio de un control absoluto sobre los gobiernos. O sea, agrega, el ejercicio del poder político como una derivación del poder económico, situación contra la que todo auténtico demócrata reacciona vigorosamente.

Para evitar ese estado de cosas, sigue el Vice-Presidente electo de los Estados Unidos, nació en las democracias la corriente de pensamiento social que exigió la consolidación del voto popular y el mejoramiento de los habitantes. Esas doctrinas social-demócratas se expandieron rápidamente en los Estados Unidos, donde fueron bautizadas con el nombre (para los latinoamericanos y europeos un poco confuso) de "pensamiento liberal", en contraposición al pensamiento conservador de quienes preferían mantener el estatuto del Siglo XIX. Al comenzar este siglo, el Presidente Theodore Roosevelt vio y puso en práctica las posibilidades democráticas que tiene un gobierno vigoroso para hacer frente a los problemas creados por las empresas grandes; Woodrow Wilson continuó esa labor, y Franklin D. Roosevelt completó la transformación del pensamiento liberal norteamericano en una doctrina que cree que el poder del Estado debe emplearse no sólo para garantizar la libertad, sino para obtener una medida razonable de igualdad.

Me parece oportuno citar aquí una frase del Presidente Roosevelt pronunciada en 1938, y que el señor Humphrey menciona en su libro:

"En los días de Jefferson, en los días de Jackson, y en los días de Lincoln, de Teodoro Roosevelt y de Wilson, un grupo apareció claramente como liberal, opuesto a otro grupo conservador. La gran diferencia que ha caracterizado esta división, ha sido que el elemento liberal (no importa cuál fuere el nombre que asumió en cada ocasión) creía en la sabiduría y la eficiencia de la voluntad de la gran mayoría del pueblo, en contraposición al juicio de una pequeña minoría educada o rica. El elemento liberal siempre ha creído que el control del poder por unos pocos -control político o económico- si se ejerce por un período largo de tiempo destruiría la democracia representativa sana. Por esa razón, entre otras, siempre ha luchado por la extensión del derecho al voto..."

Interrumpo aquí la cita de Roosevelt, para comentarla: afirma el gran estadista que lo que caracteriza al elemento liberal (social demócrata en términos latinoamericanos y europeos) ha sido su fe en la sabiduría y eficiencia de la voluntad de la gran mayoría del pueblo en contraposición al juicio de una pequeña minoría educada o rica.

Creo que el fenómeno costarricense actual está claramente enfocado allí: el resultado de las tres últimas elecciones costarricenses, ha puesto de relieve que una gran mayoría del pueblo respalda y se inclina por la tendencia que ha predominado en el

Gobierno de Costa Rica en los últimos años, que no es una tendencia de liberalismo siglo diecinuevesco; en las elecciones de 1962, los dos partidos que impulsan una continuación de ese camino, obtuvieron, conjuntamente, un ochenta y cinco por ciento de los votos; el que representaba en cierta forma el liberalismo económico y la no intervención del Estado en ciertas cosas, alcanzó alrededor de un quince por ciento. El editorial de "La Nación" demuestra que ese periódico no cree o no tiene fe, "en la sabiduría y eficiencia de la voluntad de una mayoría del pueblo", y cree que esa mayoría del pueblo está llevando a Costa Rica por el camino del totalitarismo. "La Nación" representa el pensamiento de sus accionistas, que son una "minoría educada y rica"; respetable, además: Cree más en el juicio político de esa minoría. Le falta fe democrática. Sigo con las frases de Roosevelt:

"La otra gran diferencia que existe entre las dos tendencias ha sido ésta: el elemento liberal cree que, en la medida en que se presentan nuevas condiciones y nuevos problemas que van más allá de lo que hombres y mujeres pueden enfrentar individualmente, el deber del Gobierno es buscar la forma de hacerles frente. Y la teoría de ese papel que debe jugar el Gobierno, fue expresada por Abraham Lincoln cuando dijo que "el objeto legítimo del Gobierno es hacer, por una comunidad de gentes, todo lo que ellas deberían hacer pero no hacen bien, por su condición de individuos separados".

Yo creo que es deber del Gobierno el buscar la manera de hacerles frente a las nuevas condiciones y a los nuevos problemas. Por eso nunca he compartido la nostálgica y constante posición de "La Nación", que invita de continuo a los políticos costarricenses, a aplicar las fórmulas con que gobernaron, al comenzar de ese siglo, las grandes figuras históricas que fueron don Cleto y don Ricardo. Nuevos problemas y nuevas situaciones requieren nuevas fórmulas.

Los liberales norteamericanos, y los social demócratas latinoamericanos y europeos, nos preocupamos de esos problemas. De allí que los Gobiernos en que hemos participado en Costa Rica, se hayan caracterizado por su acción. La creación de nuevas y numerosas instituciones responde a esa preocupación por los problemas. Nos preocupamos por el problema de la electrificación; nos preocupamos por el problema de la vivienda; nos preocupamos por el problema de la estabilización de los precios; nos preocupamos por el problema de fomentar el turismo; nos preocupamos por el problema agrario.

Donde el conservatismo costarricense ve burocracia, nosotros vemos acción. Donde el conservatismo costarricense ve interferencia con la actividad de algunos empresarios, nosotros vemos gestión gubernamental en favor de las mayorías. Por esto mientras nosotros nos preocupamos por mostrarle al país los frutos reales de esas instituciones, el conservatismo nacional se recrea en destacar las deficiencias administrativas o el exceso de empleados en ellas, o bien las eficiencias o no de los procedimientos establecidos para vigilarles sus presupuestos.

Y es que a ese conservatismo le disgusta que esas instituciones existan. Podría decirse que lo que le preocupa es que existe un Gobierno capaz de solucionar los problemas que no quiso enfrentar el Estado tipo siglo XIX, que ellos añoran.

Los editoriales recientes de "La Nación" parecen reflejar o secundar estas preocupaciones.

En otras oportunidades, tanto en Costa Rica como en los Estados Unidos, la reacción contra la corriente liberal o social-demócrata ha asumido facetas más primitivas, y se ha dedicado con fruición a acusarla de favorecer la tendencia totalitaria que sea más peligrosa para la democracia representativa en un momento dado. Nos han acusado de fascistas, y ahora de comunistas. El editorialista de "La Nación" recordará de seguro el dineral que un partido de tinte conservador gastó en páginas de prensa en 1952, tratando de demostrar que don José Figueres, candidato entonces, era comunista. En la campaña de 1961 se usó la misma arma, aunque más débilmente contra don Francisco Orlich.

Así en los Estados Unidos han proliferado cosas como el Mc Carthyismo, la Sociedad John Birch y demás, que bajo la capa de combatir al comunismo, lo que combaten es la tendencia "liberal" norteamericana, a la que acusan, naturalmente, de comunista. Esto es, de totalitaria.

-III-

Espero que a los señores editorialistas de "La Nación" les interese tanto como a mí el pensamiento del Vicepresidente Humphrey, no sólo porque refleja la tendencia de los actuales gobernantes de la democracia republicana más poderosa de la Tierra, sino también porque es un pensamiento moderno, que se aparta notablemente de las aberraciones manchesterianas que ciertos grupos se han propuesto de manera interesada poner en boga otra vez en un mundo que ya las superó. El afán que caracteriza a nuestro siglo, es el de poner los recursos estatales al servicio de la emancipación de las mayorías desposeídas, mayorías que, dicho sea de paso, no lograron nunca mejorar su condición económica y cultural durante el período en que (con libertad económica absoluta como insignia) los grupos más poderosos económicamente creyeron haber heredado los privilegios, y exclusividades de las aristocracias derrocadas por la Revolución Francesa, y lograron convertir a los recién nacidos estados republicanos en meros vigilantes y protectores de sus cuantiosos intereses.

Digo lo anterior, porque he encontrado una gran identidad de ideas entre el señor Humphrey y los que por largas décadas hemos venido sosteniendo en la América Latina los grupos social-demócratas.

Sostiene el Vicepresidente Humphrey, que dentro del pensamiento liberal (o social-demócrata) norteamericano, se fueron diferenciando dos corrientes de pensamiento: una que creía que las empresas grandes eran malas por definición y que las grandes concentraciones de poder económico debían ser destruidas por el Gobierno; y otra, que apareció más tarde, que sostiene que en determinadas actividades, la magnitud de la empresa y la movilización de recursos que ella supone, son esenciales para una economía que requiere, cada vez más, producción en masa y distribución en masa. Esta segunda escuela reconoce los peligros inherentes a la concentración de riquezas, pero sostiene que a ella debe enfrentarse un poder de equilibrio, o sea el poder estatal de regular y controlar por un lado, y por el otro el poder de los trabajadores organizados y grupos similares.

Se me dirá que la concentración de riqueza que puede haber en Costa Rica son ridículas si se las compara con las que existen en los Estados Unidos. Pero guardadas las diferencias de dimensión territorial y riqueza nacional, sí podemos afirmar que en Costa Rica existen determinadas concentraciones de éstas, y que algunas se van convirtiendo en evidentes monopolios, o tienden a ello.

Mi pensamiento coincide con el de Humphrey: esas concentraciones deben estar equilibradas por el poder del Estado, y por la organización de los trabajadores. En mi actividad pública, he impulsado las dos corrientes, con ese criterio fundamental. "La Nación" se ha opuesto a ambas: a la gubernamental y a la sindical. Y no sólo editorialmente, sino también en sus informaciones, y con sus silencios. Es frecuente leer en otros periódicos la queja de las organizaciones de trabajadores, porque "La Nación" se niega a publicar sus comunicados y opiniones. Se me ha señalado lo ocurrido en un reciente seminario relacionado con la Alianza para el Progreso: el día que ese seminario se ocupó de asuntos sindicales, "La Nación" omitió publicar crónicas o informar sobre esa reunión.

La corriente que admite la existencia de la gran empresa pero aspira a regularla, vigilarla y contrapesarla, ha terminado por imponerse, dentro del pensamiento liberal norteamericano o social demócrata latinoamericano y europeo, a la que simplemente quería destruir la empresa grande. En la época de Roosevelt, y a ese respecto es interesantísimo el libro de Arthur Schlesinger Jr., Consejero del Presidente Kennedy, las dos corrientes se hicieron sentir y dominan alternativamente la política del gobierno. Los individuos que tachaban de totalitaria la política rooseveltiana han sido olvidados.

Es claro que las empresas grandes tienen una contribución grande que hacer a la economía, lo mismo que las pequeñas. Pero donde la concentración de poder económico sea tal que no esté apropiadamente balanceada por otras fuerzas de la misma economía el gobierno tiene una clara obligación de actuar. Porque su deber es mantener la balanza del poder en la economía promoviendo la competencia y el fortalecimiento de las empresas pequeñas, y fortaleciendo a las organizaciones

laborales para que ellas, desde su posición de organismos privados, adquieran el necesario poder de negociación.

De allí que ciertos incentivos que el Estado costarricense ha otorgado a determinadas empresas nuevas, en un afán de industrialización que ofrezca posibilidades honestas de trabajo a nuestra creciente población, y que para algunos tienen carácter monopolístico, deban ser de carácter transitorio. El Estado debe procurar que la empresa se fortalezca, pero no puede permitir que se convierta en un peligroso monstruo.

Estas concepciones se llaman a veces "economía mixta"; el Vicepresidente Humphrey las llama "economía balanceada". En una economía donde las grandes y las pequeñas empresas, el capital y el trabajo, el trabajador de la hacienda grande y el pequeño productor, tienen todos que desempeñar un papel importante, habrá siempre, desde luego, conflictos y luchas por obtener ventajas. Cuando el gobierno tiene clara conciencia de su deber e interviene para regular esas fuerzas, los conflictos y las luchas se pueden solucionar con beneficio para todos y sin perjuicio para nadie.

En Costa Rica hay quienes creen que el Estado debe emplear sus poderes en casos como éstos, siempre en favor de los intereses empresariales; y para ellos, cualquier actividad de tipo sindical, cualquier intervención del Estado que favorezca a los trabajadores, es prácticamente cosa del demonio. El Estado, a mi juicio, debe intervenir con vista del interés nacional superior, que no es sistemáticamente el de ninguna de las partes en pugna. Por lo que a mi me toca, no suscribo la expresión aquella "lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos", (adapte el lector la expresión a la realidad costarricense). Por eso el partido de que formo parte no acompaña a quienes creen que la intervención del Estado es "interferencia indebida", y la acción sindical "penetración soviética"

Las ideas que someramente he expuesto, han encontrado respaldo abundante en el pueblo costarricense a través de numerosas elecciones. Y hace apenas dos meses, lo encontraron aplastante en el pueblo norteamericano.

Crear en estas cosas, no es renegar de nuestras mejores tradiciones, sino fortalecerlas, si creemos en el verdadero fondo de esas tradiciones. Los grandes próceres de nuestra historia, lucharon bravamente contra las nacientes oligarquías. Algunos perecieron en la demanda. Ciertas épocas de nuestra historia republicana, plagadas de inestabilidad política, de cuartelazos, golpes de Estado y desconocimiento de gobiernos legítimos, tienen un trasfondo, ya analizado por los historiadores, de luchas entre el poder político emanado del pueblo, y el poder económico que pugnaba por apoderarse del primero.

El poder político y el poder económico deben estar equilibrados. Ninguno de ellos debe ser el trampolín para alcanzar el otro. Pero hay que tomar en cuenta que

mientras uno de ellos es periódicamente renovable en un país como Costa Rica, el otro es hereditario.

El Estado costarricense ha crecido, como consecuencia natural de la aplicación práctica de las concepciones que los norteamericanos llaman liberales. Pero ha crecido mediante el proceso de la descentralización, que es el más apropiado para el caso; ahora hay una queja contra la descentralización, pero tengo para mí que es de tipo funcional y no doctrinario. Estimo que Costa Rica debe proceder a una revisión de sus sistemas descentralizados, para adecuarlos a los resultados de la experiencia.

Estoy seguro de que "La Nación" coincide conmigo en ese pensamiento porque tengo motivos para creer que su oposición a los entes descentralizados tiene un carácter más de funcionamiento que de doctrina; o sea que cuando se queja de ellos, es más porque estima que no están caminando bien, que porque desea que no existan.

Un ejemplo de ello es la conducta que ha observado respecto al Instituto Costarricense de Electricidad. Lo combatió duramente durante mucho tiempo. Pero en el momento en que estimó que ese Instituto caminaba bien (como lo estimo yo), su posición respecto a él cambió radicalmente, y ya no propicia su desaparición.

Por espacio de más de dos décadas, la generación a que pertenezco, y el grupo generacional en compañía del cual he dado largas batallas en la vida pública, ha sostenido y defendido las doctrinas que en estos artículos he querido resumir con referencias a lo que ellas significan en la reciente historia de los Estados Unidos.

Su aplicación a Costa Rica, al través casi de 20 años (durante nueve de los cuales ellas han prevalecido en el gobierno), creo firme y orgullosamente, que ha sido benéfica para el país.

El ciudadano de 1965 es más libre que el de 1947. Hay más empresas pequeñas y más empresas grandes en 1965 que en 1947, y están más prósperas ahora que entonces. El costarricense vive mejor en 1965 que en 1947. El sistema democrático-republicano funciona mejor ahora que antes. El país se ha desarrollado como no se desarrolló nunca en un período anterior de igual duración, en lo económico, en lo social, en lo cultural y en lo político.

Algunos grupos y ciudadanos han visto disminuido en ese lapso, no el número de comodidades de que disfrutaban, sino el abismo que separaba antes las suyas, de las de otros ciudadanos. Quizás esto les produzca temor, sin motivo alguno.

-IV-

Las ideas expresadas por una gran cantidad de políticos y pensadores de nuestra época y que marcan el camino a gran cantidad de partidos en el mundo libre, vienen a

coincidir en que únicamente por el ejercicio efectivo de la democracia política puede hacerse mejoramiento social con dignidad. Los grupos de pensamiento que en 1948, fuimos llevados a una guerra por defender la democracia representativa, nos dimos cuenta, desde esa época, de que no podía hablarse de democracia si en forma paralela al fortalecimiento de la dignidad del ciudadano, no se llevaban a cabo planes concienzudos de desarrollo económico en los cuales las empresas privadas tenían un papel primordial que cumplir. En 1950, después de haber ejercido el poder provisionalmente por dieciocho meses después de la Guerra de Liberación Nacional, diversos grupos de costarricenses con afinidad en doctrinas, decidimos fundar el Movimiento de Liberación Nacional. Teníamos ya la experiencia del ejercicio del poder y nos dábamos cuenta de que la época exigía un tipo de Gobierno que, impulsando al máximo la producción, evitara que minorías afortunadas explotaran a los pequeños empresarios o a los trabajadores, negando así el sacrificio de los costarricenses muertos en la guerra.

Ya en las montañas de Dota, el Ejército de Liberación Nacional había lanzado una proclama que sostenía la necesidad de mejorar y mantener las conquistas sociales del pueblo costarricense aún contra quienes las habían defendido únicamente por oportunismo político. Un grupo disidente de lo que era la Oposición Nacional de entonces, se separó de nuestro movimiento, calientes aún los cuerpos de los muertos, porque no quisimos derogar el Código de Trabajo. Otro grupo se desprendió en Cartago, porque manifestamos respeto a la elección de don Otilio Ulate. Se separaron de nosotros porque fortalecíamos el derecho electoral, y porque manteníamos las conquistas sociales del país. Pero estábamos conscientes de que, en uno y otro campo, no se podía liberar íntegramente al hombre costarricense, si no era a base de un aumento espectacular de la producción, de un apoyo sin límites a la empresa privada productiva, y de una distribución justa del ingreso nacional. Por esas razones, una vez restaurada la democracia política de Costa Rica, fundamos el Movimiento de Liberación Nacional para participar en el libre ejercicio democrático de elegir y ser electos. La Carta Fundamental del Movimiento, aprobada en 1951, sostiene entre otros puntos lo siguiente:

"6) ESTADO: El Estado es la organización político-jurídica del poder de la sociedad, encargada de garantizar los derechos de los individuos; debe realizar por medio del orden jurídico, todas aquellas funciones en las cuales su intervención se justifica por motivos del bien común que, en ningún caso, pueda justificar el sacrificio de los atributos fundamentales en la dignidad humana."

Definimos así, basados en la más pura doctrina de la Iglesia Católica, la forma y los límites de la intervención del Estado en garantía de las grandes mayorías no afortunadas de los países pobres como Costa Rica. Más adelante decimos:

"9) Reconocemos la PROPIEDAD PRIVADA y proclamamos su función social cuyo ejercicio debe inspirarse en el bienestar de todos. Consideramos necesario establecer

la propiedad como un hecho social generalizado y evitar su creciente concentración. Debe reservarse el Estado aquellas formas de propiedad que entrañen un poder de dominio tan grande que no puedan dejarse, sin perjuicio, en manos de particulares. No deben existir propiedades ni medios de producción inactivos. La actividad económica es de utilidad pública y debe organizarse racionalmente con miras de bienestar general."

Este concepto del Movimiento a que pertenezco es también inclusión textual de encíclicas papales y de doctrina social de la Iglesia. Después de 1950, dos sucesos importantes aparecieron en el mundo libre y vinieron a sintetizar y a vigorizar el pensamiento político de quienes concebimos la democracia como el instrumento más adecuado para el mejoramiento social del hombre. La llegada al poder del Partido Demócrata en los Estados Unidos, bajo el liderato brillante de John F. Kennedy y la llegada a la más alta posición de la Iglesia del Papa Juan XXIII, vinieron a ratificar que para hacer frente a los vicios de la sociedad occidental tenían que adoptarse planes y programas de acción política que erradicarán la explotación y la miseria que vivía el mundo, principalmente en los continentes sub-desarrollados, y que estaban sirviendo de caldo de cultivo a las pérdidas comunistas. Una a una las citas de los discursos y libros del Presidente Kennedy y las citas de las encíclicas Mater et Magistra y Pacem in Terris, coinciden con el pensamiento expresado en artículos, discursos, mensajes y proclamas por los hombres que en Costa Rica, por años, hemos venido luchando por mayor justicia y menos explotación y miseria.

Las veces que el Movimiento de que formo parte ha ejercido el poder, la empresa privada y la iniciativa individual han florecido y han dado muestra clara de que, apoyadas por los hombres del Estado, están listas para hacer frente a los nuevos retos de la época. Pruebas de ello las podemos dar a montones. Pero para nuestros adversarios en Costa Rica, las únicas empresas que se deben proteger son las grandes empresas, propiedad de unos pocos; y la iniciativa particular que se debe estimular es la de aquellos que creen en hacer fortuna a base de estrujar a la pequeña finca y a la pequeña empresa o de negar a los trabajadores de Costa Rica sus derechos. A pesar de eso, repito, los grandes empresarios de Costa Rica se han beneficiado de los programas y planes de los Gobiernos en que hemos tenido participación. Cuando esos pequeños grupos lograron obtener los votos del calderonismo, llevaron hombres de su confianza al ejercicio de un Gobierno que, fiel a sus doctrinas, se caracterizó por no hacer nada. El país puede perfectamente darse cuenta de qué es lo que ellos consideran un buen Gobierno, analizando la administración que estuvo en el poder de 1958 a 1962.

No somos totalitarios. Nuestro movimiento nació con las inquietudes de nuestra generación, al negársenos los derechos políticos en la década de los años cuarenta. No somos enemigos de la empresa privada, ni de la iniciativa privada. Las hemos defendido desde el poder y desde la oposición. Pero no creemos que el Gobierno deba desaparecer para que sean los grandes empresarios los que manejen a su antojo los

asuntos públicos, ya que está demostrado hasta la saciedad que cuando se les entrega a ellos el poder, sólo piensan en sus intereses y sus utilidades y no en el bien común de los diversos factores de la producción. No somos fanáticos ni extremistas. Tenemos en nuestro Movimiento empresarios capaces y eficientes que nos han enseñado el respeto que se merecen los hombres de trabajo de Costa Rica. Pero esos mismos hombres nos han enseñado también que es al Gobierno al que corresponde evitar que el grande explote al pequeño y que si Costa Rica ha dado un salto espectacular en el aumento de su producción, también lo ha dado con el ejemplo -sanísimo para la economía- de hacer una distribución más justa del ingreso nacional.

Somos demócratas y no somos totalitarios. Que eso le quede bien claro al editorialista de "La Nación". Fueron nuestros compañeros de ideas quienes salieron a luchar por la democracia política de Costa Rica, brindando muchos su vida a ese propósito. Las veces que hemos ejercido el poder, hemos llegado al extremo de la tolerancia, en el ejercicio de los derechos humanos. Pero no podemos permitir, en el uso de estos derechos, que se atropelle a muchos en beneficio de unos pocos; y para eso pedimos el voto, cada cuatro años, a las grandes mayorías nacionales.

Esa es nuestra posición; los resultados de nuestra gestión de gobierno están a la vista, para que se contraste la Costa Rica de 1965 con la de 1947.

Los resultados prácticos de las ideas de "La Nación" no están a la vista, pero es fácil deducirlos con sólo imaginar una Costa Rica donde los deseos editoriales de ese periódico se hubieran cumplido sin Impuesto Sobre la Renta.

Sería una Costa Rica sin ICE, sin INVU, y sin ITCO. Una Costa Rica con los Bancos en las manos privadas que antes estuvieron. Una Costa Rica donde el trabajador ganaría el mismo salario que en 1947. Y de paso, una Costa Rica sin partidos políticos permanentes que pudieran levantar esas banderas de progreso y reivindicación.

Un panorama desolador, indudablemente.

MENSAJE A LA ASAMBLEA PLENARIA DEL PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL

Aunque en este tipo de sesiones lo normal es entrar directamente a la Orden del Día, consultando con el Sr. Secretario General, me pareció conveniente hacer algunas reflexiones sobre el significado de esta nueva reunión de la Asamblea Plenaria.

Hace poco más de 50 años, en la tesis de graduación de Rodrigo Facio como Licenciado en leyes -que luego fue publicada como "Estudio de la Economía Costarricense"- se planteó la necesidad de hacer en Costa Rica un partido ideológico y permanente. No era una idea nueva, pues a principios de siglo ya la había planteado Don Roberto Brenes Mesén y, en los años 20, también el General Jorge Volio. Por muchos años estuvo latente el deseo de ir saliendo de cacicazgos, personalismos y corrupción política en la incipiente democracia costarricense, buscando que el partido personalista que nacía y moría con su dirigente, fuera dándole campo al partido de ideas y de programas, para que este se convirtiera en partido permanente y en un partido de dirección colectiva.

En los años 40, cuando empezamos a pensar en ese tipo de partido, no creíamos que los acontecimientos políticos de esa década nos llevarían rápidamente al poder: no creíamos que en alianza con una generación mayor que la nuestra, pero que tenía tal vez más fogueo político, y que era el grupo que formaba parte del Partido Demócrata de León Cortés, íbamos a llegar al poder desde donde trataríamos no sólo de organizar a Costa Rica, sino de ir creando, paulatinamente, ese famoso partido de que estamos hablando.

Ya en el año 45, habíamos hecho un ensayo pequeño, fundando con ellos el Partido Social-Demócrata. Al terminar la Junta de Gobierno, como primer objetivo coincidimos, los principales dirigentes en que, como tarea inaplazable, estaba la necesidad de formar un partido político que modernizara la política de Costa Rica y que se dedicara a defender la labor de la Junta de Gobierno.

En el año 51, diez años después de que con Rodrigo Facio fundáramos el Centro de Estudio de Problemas Nacionales y proclamáramos como tesis la formación de ese tipo de Partido, fundamos el Partido Liberación Nacional. La lucha fue muy grande; malos entendidos, dificultades de todo tipo y rencillas que afloraban cada vez que se hablaba de estas cosas. Pero fue el propio José Figueres, fundador del partido y su Presidente desde su fundación, quien insistió en que poco a poco se fuera convirtiendo el Figuerismo con que nacimos en la lucha política del 51, en liberacionismo. Él fue quien se empeñó en decir todo el tiempo, que si no había para Costa Rica un partido permanente -ya que en ese tiempo solo existía como tal el Partido Vanguardia Popular-, Costa Rica seguiría, en lo nacional y en lo local, ligada a

cacicazgos y a Personalismos con todo lo que significan en la corrupción política de una democracia. Poco a poco se fue creando ese sentido de partido y ya en las elecciones de los años 70, durante la última elección de José Figueres, se hablaba solamente de Liberacionismo en todos los cuadros de trabajo de nuestro partido.

En el año 78 perdimos las elecciones y nos dimos como primera tarea a la formación de una comisión de compañeros que redactara nuevos estatutos, creyendo como pasa a veces, que cambiando los estatutos se corrigen todos los males que sufren las estructuras de un partido. Se cambiaron los estatutos, pasamos a una dirección colectiva tuvimos por primera vez un Directorio numeroso y se empezó a ampliar la Asamblea Nacional, que era sólo territorial y contaba con 70 miembros, a lo que es hoy con 160 asambleístas; se empezó a crear cuadros de estudio y apareció, en forma incipiente pero definida, la idea de los foros, empezándose a hablar de nuevo, de la necesidad de estudiar la realidad costarricense conforme la fueran desarrollando poco a poco, los gobiernos de Liberación Nacional. Se ha querido decir muchas veces que ya nuestro programa está agotado; puede ser que están agotados algunos proyectos que eran necesarios en la Costa Rica de los últimos 40 años, pero los principios fundamentales de Liberación Nacional no están agotados. Todo lo contrario, los principios fundamentales de Liberación Nacional necesitan que en estos años podamos impulsar de nuevo programas que defiendan a las grandes mayorías y ver así a Liberación tomando de nuevo la iniciativa en los proyectos que se presentan en la Asamblea Legislativa y en el examen de los problemas políticos generales. Todas las veces que Liberación ha estado en la oposición ha llevado la iniciativa en la solución de los problemas políticos del país. Durante los gobiernos de Echandi, de Trejos y de Carazo, estos siempre estuvieron viendo la agresividad de Liberación Nacional en el planteamiento de sus proyectos y estuvieron tratando de detener las ideas de Liberación Nacional, unas veces en la Asamblea Legislativa y otras veces, con más fuerza a través de los medios de comunicación colectiva que les eran adictos.

Creo yo que esta Asamblea Plenaria debe dar más énfasis en todo lo que significa el estudio de los proyectos que presentamos a consideración del país. La actual fracción lo ha hecho ya en la medida de lo posible, pero una vez más nos encontramos, por razones que no interesa discutir ahora, que muchos medios de comunicación colectiva rehúyen presentar a la opinión pública las ideas de Liberación Nacional. Y no lo hacen, porque están empeñados, como lo estuvieron en el gobierno de Carazo, en destruir absolutamente toda la obra de Liberación Nacional. Por eso, para mí, esta Plenaria debe coincidir con la urgente necesidad, por encima de diferencias personalistas, en que los liberacionistas se dediquen a defender la obra de Liberación Nacional que viene desde el 48, y a justificar la creación de este partido político.

Repito que no es cierta, ni por asomo, la tesis de que nosotros, en Liberación, creemos que nuestras ideas, nuestros proyectos y nuestras instituciones no se pueden tocar. Si realizamos durante estos años un cambio fundamental en Costa Rica, y si logramos el verdadero ajuste estructural de que hablan hoy los técnicos importados para justificar

otras ideas, nosotros estamos en la obligación de comprender que la Costa Rica que queremos transformar de ahora en adelante tiene una cantidad de vicios acumulados, no producto de Liberación Nacional, sino producto de quienes no quisieron apoyar las ideas de Liberación Nacional para continuar con su programación hacia adelante. Quieren destruirlo todo, empezando por la banca. No se ha visto en la historia de Costa Rica -creo que desde el tiempo del gobierno Picado- un porcentaje de colocaciones como el que han arrancado a la banca para financiar préstamos fiscales; los intereses al 40% y 45% no le permiten a ningún productor, en ninguna de las actividades, incluso las privilegiadas, salir adelante en la lucha por la producción. El cierre de los comedores escolares, el cierre de los programas de tipo social, el ataque permanente a las instituciones, no para privatizarlas como dicen ellos, sino para plantear negocios grandes para los amigotes nacionales y los amigotes internacionales que se quieren quedar con lo mejor que tiene el Estado y dejarnos a nosotros todo lo que no significa nada. Llevarse la posta y dejarnos el hueso en manos del Estado.

Van a cerrar los estancos. No saben ellos lo que es un estanco; los que están diciendo tonteras en el Consejo de Producción y en el Poder Ejecutivo, no saben lo que es un estanco; no saben la que fue la idea feliz de Figueres, de estabilización de precios por medio del sistema de reservas; no saben lo que significa regular los precios en comunidades pobres a base de un estanco que no permita especular a los comerciantes del área. Desde luego, cerrar estancos es quedar bien con los acaparadores y con los tagarotes como pudo verse recientemente en la emergencia de Limón. Pero los liberacionistas saben que estas ideas son buenas, que valen la pena. Otros dirán que para qué estancos, que mejor cooperativas; no saben ni lo que están hablando. Si un partido se distingue por haber hecho un movimiento cooperativo como el que tiene hoy Costa Rica, este es Liberación Nacional. De ahí el deseo -lo van a ver ustedes- de destruir a como haya lugar el movimiento cooperativo de Costa Rica, usando a los diputados de la Unidad y a los diputados de los mini-partidos.

Ya los precandidatos de la Unidad opinan sobre la Encíclica Centésimo Año que defiende al sindicalismo ahora sí, porque hay que pensar en las elecciones del año 94; ahora sí la están defendiendo -de palabra- y están hablando de capitalismo con rostro humano etc. Hablan de una serie de tonterías, creyendo que nosotros no les conocemos el juego e historia a cada uno de esos movimientos, a cada uno de esos partidos, a cada uno de esos medios de comunicación colectiva. Todo lo quieren destruir. Que RECOPE quedaría mejor en manos de la TEXACO: que hay que vender el Instituto Nacional de Seguros; tengo cartas y copia de cartas en mis manos, en las que se habla de esa negociación con grupos de promotores norteamericanos; que hay que entregar FERTICA: que hay que entregar CEMENTOS DEL PACIFICO; que hay que cerrar CODESA, aunque sea físicamente, ya que no lo pueden hacer legalmente. No se dan cuenta de lo que costó hacer cada una de esas instituciones en el curso de estos últimos 40 años incluso con sus grandes errores, luchando hasta con la corrupción política que se metió en esas instituciones y con la corrupción social metida también en esas instituciones y luchando también contra los errores garrafales que hicieron

tambalean a muchas de ellas; pero eso no significa en modo alguno que por haber tenido defectos es necesario cerrarlas todas y dejar sus servicios de nuevo en poder, como antes del 48, de un gobierno débil manejado por oligarquías económicas. El gobierno de los funcionarios judiciales con el pantalón roto, de las oficinas públicas iluminadas con candelas, de lugares llenos de ratas y malos olores en donde se prestaban servicios al público, esa era la Costa Rica del gobierno pequeño, que están reclamando ahora estos señores, pues mientras menos labor de gobierno haya, esas fuerzas económicas, tradicionalmente enemigas de Liberación Nacional, para su beneficio económico, harán lo que les dé la gana en este país, mientras siga creciendo la miseria por todos lados. Crecerán también las casas de 50 millones de colones y la acumulación de fortunas fáciles, sin que nadie diga media palabra. Por hablar así regañaron al Arzobispo de San José; por hablar así, regañaron al Obispo de Limón; por hablar así, regañan al Eco Católico y este año, un siglo después de que se proclamara la encíclica Rerum Novarum, salen todos corriendo a decir que esas ideas son las mismas que los animan a ellos.

Nosotros creemos en privatizar empresas, y lo hemos estudiado profundamente, concluyendo en que hay cosas que están mejor en manos de la empresa privada que en manos del Estado. Pero eso no significa, repito, dejarnos el hueso y entregar la posta a los amigos del Gobierno; eso no significa aplicar el mismo criterio para todas las instituciones. Le he pasado al Lic. Rodrigo Oreamuno, jefe de nuestra Fracción en la Asamblea Legislativa, un informe sobre las privatizaciones en Inglaterra en los 10 años famosos de la señora Thatcher, y ella misma recomienda un estricto control sobre determinadas empresas que están privatizando ahora, permitiendo en algunas la venta de más del 49% de las acciones y en otras sometiéndolas a regulaciones, para evitar que los tagarotes vayan a comerse esas empresas, tal como lo quieren hacer aquí los señores de la Unidad.

Es muy fácil caer en la tentación, dos o tres generaciones después de que fundáramos Liberación Nacional, de cambiar uno de nuestros principios por un retrato en la primera página del periódico La Nación, por un halago de un canal de Televisión o por una nota editorial favorable. El halago es pasajero ya los mismos que halagan hoy, mañana los pondrán contra la pared y los fusilarán, porque esa es la forma como trabajan estos enemigos de Liberación Nacional. Fueron los enemigos de Juan Rafael Mora, fueron los enemigos de Alfredo González Flores, fueron los enemigos de Ricardo Jiménez y fueron los enemigos de José Figueres; fueron los mismos que cuatro o cinco generaciones atrás, lucharon contra la Encíclica y contra la Carta Pastoral de Monseñor Thiel sobre el salario mínimo, diciendo que el Estado no debía meterse a fijar salarios porque eso era incorrecto y que a la Iglesia lo único que debía preocuparle era el otro mundo y no el mundo actual en la economía de Costa Rica. Son los mismos; hasta los apellidos son los mismos; ahora vuelven a aparecer tratando de robarnos dirigentes de Liberación Nacional, y tratando de destruir las instituciones creadas por Liberación Nacional.

Tenemos todo a nuestro favor: un partido con más del 50% de la población costarricense el que a pesar de nuestros errores se ha mantenido durante diez campañas electorales, llegando siempre a ganar, o incluso a perder por pequeños porcentajes y que las veces que hemos perdido ha sido por culpa de la dirigencia y no culpa de los liberacionistas. Tenemos los mejores cerebros para estudiar, analizar y hacer propuestas al país. No nos pongamos, por Dios, a la defensiva, diciendo solamente sí o no a los proyectos que presenta la Unidad.

Vamos ya hacia adelante. Tenemos todo un bagaje de juventud, de estudio, de gente capacitada para plantearle al país las soluciones necesarias para salir de esta barbaridad en que nos tiene el actual Gobierno y que nos están acercando más y más, desgraciadamente, a los niveles de Centroamérica y no a los que queríamos llegar nosotros en el siglo XXI, como lo prometimos hace 40 años. ¡Vamos a trabajar, liberacionistas! ¡Olvidémonos de las peleas, olvidémonos de las pequeñeces personalistas, olvidémonos de las intrigas, de las infamias, de las persecuciones entre compañeros; ¡olvidémonos de todo esto y no veamos para atrás! ¡Marchemos hacia adelante!

¡Cómo es posible que nos encontremos en medio de una crisis por simples razones personalistas! ¡Cómo es posible que esta Asamblea Plenaria y este Directorio tomen un acuerdo y no le hagan caso los partidarios diciendo algunos que no es vinculante! ¡Cómo es posible que nuestra autoridad política tome decisiones que son irrespetadas con sonrisas por parte de quienes pretenden posiciones altas en el Partido Liberación Nacional! ¡Cómo es posible que no haya un centavo para pagar empleados en el Partido, por pequeño que sea ese grupo, y haya millones para tirar en el culto a personalidades! ¡Cómo es posible que estemos viviendo eso después de 50 años de pedir un partido político ideológico y permanente! Ahí está el Congreso José Figueres, tratando de actualizar el pensamiento de Liberación Nacional para los años futuros. ¡Cómo es posible que los liberacionistas que quieren actuar en la política no tengan tiempo para participar con escritos, con unas ideas, en los trabajos de ese Congreso José Figueres! ¿Qué nos está pasando? Me da vergüenza leer hoy en La Nación al Lic. Tovar y al Lic. Chaverri dándole consejos a Liberación Nacional y lamentándose de que Liberación Nacional esté en crisis! "pobrecito Liberación" -dice este último- "ojalá pasen la crisis para que puedan participar en las próximas elecciones". ¡Señores, eso ya es el colmo, que tengamos que oír a estos señores, herederos de todo lo negativo que tiene ese partido, dándole consejos a Liberación Nacional!

¡Es culpa nuestra! No contribuimos, no trabajamos, no participamos, no llegamos a las reuniones a las que tenemos que llegar, pero, eso sí, a la hora de la carrera por escoger un puesto, corren todos y trabajan como locos. Lo que quieren es un partido personalista a base de movimientos para personas, en lo nacional y en lo local. Resuélvanlo así, y muchos nos iremos tristes para la casa a escribir la historia de 50 años. Si lo que quieren es un partido vigoroso, que reivindique su posición de ideas y programas, que ponga por encima de los personalismos el bienestar de Costa Rica y de

Liberación Nacional, piénsenlo bien hoy aquí y tomen las decisiones que haya que tomar.

Si lo que quieren ustedes, de verdad, es hacerle un homenaje a José Figueres y a quienes fundaron este partido, salgamos todos unidos a trabajar por Liberación Nacional.